

El Huerto VI

Trabajar menos, consumir menos, vivir mejor.

La economía.

En agosto del año en curso (2012) se han cumplido cinco años del comienzo de *esta crisis*, tiempo suficiente para extraer algunas conclusiones.

A fecha de hoy, las principales áreas del planeta (OCDE, China e India), es decir los productores del 80% del PIB mundial se encuentran en situación de retroceso económico. La Unión Europea en recesión, USA a las puertas y China e India experimentando un notable recorte en sus tasas de crecimiento. Un lustro después el grueso de la economía mundial, lejos de haber superado el cataclismo de 2008, se mueve entre el retroceso y la incertidumbre. El capitalismo moderno ha sufrido otras crisis: México 94, Argentina 2000, Turquía 2001, Rusia 90, Suecia 92..., pero nunca han durado tanto, ni han afectado simultáneamente a tantos países. También llama la atención que a diferencia de las mencionadas, *esta crisis tiene su origen y epicentro en los estados más ricos del mundo, o de otra manera, en el núcleo duro del sistema*. La suma de estos factores induce a pensar que no nos enfrentamos a una crisis como las demás. Crece la convicción de que se trata de algo diferente: una quiebra progresiva de las bases mismas del sistema económico mundial. En otras palabras, una crisis sistémica.

El adjetivo *sistémico* o *sistémica* se escucha y repite cada vez con mayor frecuencia, pero en contadas ocasiones se señala o especifica que factores esenciales del sistema se están viendo afectados por *esta crisis*. O lo que es prácticamente lo mismo: la respuesta a *¿cuál es el su origen?*, apenas ha sido esbozada.

Hemos expuesto nuestra opinión en diferentes ocasiones¹: la causa subyacente a cuanto está pasando hay que buscarla en el divorcio entre el extraordinario desarrollo tecnológico experimentado en todo el mundo desde el final de la II Guerra Mundial, y el inmovilismo del entramado económico. O de otra manera, el actual diseño de las relaciones económicas es incapaz de gestionar la tecnología existente (y previsible) de tal manera que redunde en beneficio de la mayoría.

Es evidente, y así lo reconocen cuantos se han ocupado del tema, que la introducción de novedades tecnológicas en la actividad económica tiene invariablemente el objetivo de reducir el tiempo de trabajo necesario para producir cualquier bien o servicio. En definitiva, sustituir seres humanos por máquinas. Es posible aportar infinidad de números y estadísticas que lo demuestran, pero cualquier persona de cierta edad pudo repasar que actividades hacían unos y otras 30 años atrás, y tendrá una vívida idea del cambio experimentado. El resultado es obvio: la humanidad necesita cada vez menos tiempo de trabajo para satisfacer el conjunto de sus necesidades, porque precisamente para eso se crea y desarrolla la tecnología. La paradoja consiste en que lo que debiera ser causa de satisfacción y bienestar (contar con la mejor tecnología de todos los tiempos), en la práctica supone para muchos motivo de penuria.

Quizá parezca en exceso simplista, pero un examen somero de los principales fenómenos económicos nos remite invariablemente a esta conclusión. Las deslocalizaciones de empresas, la emergencia de China como potencia mundial, o el propio concepto de *competitividad* tienen que ver en primer lugar con el desarrollo, y sobre todo con la extensión de la tecnología. Por muy bajos que fuesen los salarios en el gigante asiático, sin medios e infraestructuras modernas (tecnología) jamás hubiese podido competir con occidente.

Como decimos, podríamos acumular ejemplos, datos y análisis, pero quizás baste detenernos en el mencionado concepto de

¹ Informe Coliflor. Fernando Herráiz Sánchez. Lokinario.com
¡Es la tecnología, estúpido! Lokinario.com

competitividad. Según la teoría al uso, España debe mejorar su *competitividad* para abrir (apoderarse) de nuevos mercados. Sea en el turismo, la agricultura o la automoción. Y hay que andarse listos pues la competencia es muy fuerte. A poco que se reflexione, lo que en realidad significa es que en casi cualquier lugar del mundo se puede producir cualquier cosa. Y la tendencia es creciente. Salvo algunos sectores vanguardistas como el aéreo-espacial, armamentístico avanzado, o el biotecnológico, la tecnología se extiende imparablemente por el mundo, por lo que hay y habrá capacidad productiva de sobra. De ahí que sea necesario competir duramente por los mercados.

El planeta posee recursos tecnológicos-productivos sobrados. Incluidos los necesarios para corregir los efectos perversos de la propia tecnología. Por consiguiente..., **el problema económico no es técnico, sino organizativo. Hay capacidad real para que los 7000 millones de habitantes del planeta vivamos razonablemente bien sin necesidad de destruirlo.** Esto es una absoluta novedad en la historia de la humanidad. Frente a esta evidencia se alza un muro de intereses, manipulación y sobre todo de prejuicios ideológicos y morales procedentes de épocas en que la penuria era tan inevitable como las lluvias o las sequías.

Y no es teoría. En España hay un millón de viviendas por vender y más de dos por alquilar. Por otro lado, millones de individuos desean fervientemente un trabajo que les permita acceder a alguna de ellas. La tecnología ha cumplido su parte, y las viviendas se han levantado. No así el entramado de relaciones económicas que imposibilita la conexión entre bienes y necesidades. El resultado: viviendas sin habitantes, y habitantes sin vivienda.

Lo que ocurre es que las sucesivas revoluciones tecnológicas han afectado a uno de los pilares fundamentales del capitalismo de tal manera que, a menos que se produzcan cambios significativos, han convertido *esta crisis* en irresoluble. Finalizada la II Guerra Mundial, multitud de estados europeos, entre ellos España, controlaban buena parte de los aparatos productivos respectivos. No solamente recaudaban impuestos, sino que obtenían ingresos mediante la producción de servicios y bienes básicos. Banca, petróleos,

electricidad, transporte, comunicaciones, automóviles.... Este periodo, que coincidió con una notable mejora de las condiciones de vida, ha sido prácticamente borrado de la memoria de la ciudadanía. En los primeros 80 comenzó a imponerse lo que poco después se denominó movimiento neo-liberal. Uno de sus postulados básicos consistía en afirmar que los estados no debían producir bienes, por lo que todos los que se consumiesen habrían de comprarse a particulares. En cuanto a los servicios, solo admitían los estrictamente indispensables.

Dicho y hecho. Las décadas de los 80 y 90 fueron las de las privatizaciones, rematadas con los acuerdos Maastricht y los derivados de la implantación del Euro, donde se recoge explícitamente esta prohibición. Todo aderezado con una campaña ideológico-mediática que logró convencer a la mayoría de la población de que *lo privado era por esencia más eficaz que lo público*. Normalmente los hechos mostraban lo contrario, como en el caso de la sanidad pública española, hasta hace poco orgullo nacional. Pero ya se sabe..., las ideologías tienen razones que la razón no entiende. Cosas parecidas ocurrieron en casi todas partes. El resultado fue que la inmensa mayoría de los bienes y servicios producidos en el planeta adquirieron la forma de mercancía. Es decir, producidos exclusivamente para ser vendidos. Esto que hoy parece lógico y natural, no lo ha sido en todo tiempo y lugar.

Uno de los principios esenciales del capitalismo es la ley de la oferta y la demanda. Modernamente se concreta en el hecho de que ***solo se produce aquello que se consume***. O lo que es lo mismo, aquello que se puede vender. De todos es conocido que un producto muy demandado aumenta su producción, mientras que otro ignorado por el mercado deja de fabricarse. Lo mismo ocurre con los servicios.

Este aserto “tan” lógico tiene sus consecuencias. La principal es que el volumen de lo producido depende de la demanda. En términos sencillos, del dinero y la capacidad de endeudamiento que posee la totalidad de la población. ¿Pero qué ocurre si bajan o desaparecen los ingresos de un porcentaje significativo de la misma? Disminuye la demanda, y por tanto la producción. Ahora bien, si como se ha señalado la introducción de novedades tecnológicas acelera la

sustitución de seres humanos por máquinas, resultará que la necesidad de mano de obra será menor, lo cual se traduce en paro y subempleo. Un parado y un subempleado gastan poco. Menos demanda, y menos producción, lo cual conlleva el cierre de empresas y...., más paro, menos demanda y menos producción, más cierre de empresas.... Así, el sistema capitalista está atrapado en un bucle perverso de imposible solución, provocado por su propia eficacia a la hora de crear nuevas y cada vez más potentes tecnologías.

Se entiende que lo anterior es meramente un esquema general, que precisa ser matizado y concretado para cada país o zona económica. Sin embargo, y a pesar de las apariencias, los procesos económicos básicos son relativamente sencillos y no admiten excesivas variantes. Allí donde se introduce masivamente tecnología, más temprano que tarde se producirá una merma de la necesidad de fuerza de trabajo. O más exactamente: existe un umbral a partir del cual la tecnología destruye más puestos de trabajo de los que crea. Este límite se puede identificar aproximadamente con el nivel tecnológico existente en Marruecos en 2000. España lo superó en los 80. Por lo que no tiene nada de extraño que a partir de esta fecha comenzara a formarse una bolsa de paro estructural imposible de erradicar. Estas circunstancias apenas se airean, y la ciudadanía las desconoce casi absolutamente. No así los economistas.

El impacto tecnológico es tan omnipresente que ninguna escuela económica lo ha podido obviar. Los Neo-liberales y la mayoría de los Keynesianos y/o socialdemócratas intentaron pasar de puntillas sobre el asunto, para finalmente atrincherarse en postulados que tienen mucho de acto de fe. Dicen más o menos que *"es cierto que la tecnología ha destruido millones de puestos de trabajo en la industria y especialmente en la agricultura..., pero ha creado tantos o más en el sector servicios"*. Esto es sencillamente falso, entre otras cosas porque la tecnología también ha entrado a saco en este sector. Los números lo demuestran. En todas partes, incluida USA, con sus tecnologías punteras, sus innovadores, emprendedores y sus responsabilidades sociales de empresa.

Por extraño que parezca el dilema tecnológico incomoda a casi todos, incluida buena parte de la izquierda. Lo normal es que se mantenga fuera del discurso, del debate, de los planes y las previsiones económicas. Sin embargo, de cuando en cuando se escuchan algunas objeciones.

-Si fuese cierto, resultaría que en los países tecnológicamente más desarrollados se registrarían las mayores tasas de paro, y ocurre precisamente lo contrario.

Aunque la necesidad de fuerza de trabajo disminuye en números absolutos, está muy lejos de desaparecer completamente. Y sucede que tiende a concentrarse en determinadas regiones llamadas *clúster tecnológicos*. Alemania es uno de ellos. No es casual que hacia allí se dirija buena parte de la moderna y cualificada emigración española. En Singapur, Malasia, determinadas zonas de China, Sudáfrica o Brasil se están creando otros, rodeados de enclaves menores que actúan como satélites. Bastará con un número limitado de ellos para abastecer a continentes enteros de la producción industrial necesaria. Cosas parecidas suceden en los apartados de agricultura, energía y materias primas.

Pero incluso en estos lugares privilegiados el impacto tecnológico es implacable. Alemania por ejemplo, presume de mantener en plena recesión una tasa de paro cercana al 6%, lo cual es engañoso. En realidad lo que ha ocurrido es que se ha repartido el trabajo, de tal manera que unos 7 millones de alemanes trabajan una media de 20 horas semanales en los llamados *minijobs*. De lo contrario, otros 3,5 millones de germanos engrosarían las listas de paro, situando la tasa en torno al 18 %.

Sería interesante averiguar cuántas horas de trabajo se precisan anualmente para producir el mismo volumen de bienes y servicios. Por desgracia este tipo de datos no se difunden, pero las estimaciones existentes no dejan dudas: el tiempo efectivo disminuye. Por lo que no se trata de que Alemania precise mayor volumen de mano de obra en términos absolutos, sino que está sustituyendo trabajadores autóctonos de baja cualificación por especialistas foráneos.

No es pues casual que *esta crisis* se haya gestado en el núcleo duro del sistema, y visto en perspectiva, quizá habría que situar su inicio en la llamada década perdida del Japón de los 90, primer gran síntoma de parálisis de una economía plenamente tecnificada. Probablemente los historiadores del futuro así lo hagan. También se argumenta que “*esta crisis afecta a una parte del sistema (Europa, Usa, Japón) y no al conjunto, pues hay países y regiones enteras que crecen a buen ritmo. Latinoamérica, Turquía, Sudáfrica..., y por supuesto China e India*”.

El asunto tiene miga. Por una parte, los países mencionados partieron de un exiguo nivel tecnológico, por lo que buena parte del crecimiento hay que atribuirlo a la primera oleada de modernidad. Paulatinamente se han aproximado a un umbral similar al de Marruecos del 2000, más allá del cual la tecnología comienza a destruir empleo. Los economistas saben que para un país de los llamados emergentes (antes subdesarrollados), una tasa de crecimiento del PIB del 6 o el 7% no es excepcional. Por contra, para uno *desarrollado* una del 3% es un logro casi heroico.

Pero además hay un truco muy conocido para alargar el ciclo y minimizar las consecuencias de traspasar el mencionado umbral: el endeudamiento masivo de familias y particulares. Endeudamiento que con el tiempo se traslada a empresas y estados. Así se creció en España, el Sur de Europa, USA, Japón y otros muchos países a partir de mediados de 80, y así están creciendo ahora la mayoría de los emergentes con la notable excepción de China. Y ya sabemos que pasa con el endeudamiento excesivo. Especialmente preocupantes los casos de Brasil y Turquía.

Bien, la conclusión es que cada vez habrá menos necesidad de mano de obra, y por tanto menos trabajo. Y esto es una tendencia irreversible, salvo que decidiésemos renunciar a parte de la tecnología existente. Volver al pico y la pala, a descargar los camiones al hombro, olvidarnos de los cajeros automáticos, del código de barras y de comprar por internet.... Y esto no va a ocurrir. Más bien lo contrario. En este preciso momento miles de individuos de todo el mundo están estudiando la manera de mejorar y

automatizar algunos de los incontables actos productivos que sustentan la economía.

No va a haber trabajo para todos, entendiendo trabajo como una actividad remunerada mediante la cual el trabajador es al menos capaz de sustentarse a sí mismo. Ni “cuando vuelva el crecimiento”, ni “cuando fluya el crédito”, ni “cuando se supere la crisis financiera” ni “cuando la economía mundial se estabilice”. No va a haber trabajo para todos, sencillamente porque no hará falta. Esto debe saberlo la población.

Y las pruebas están a la vista. Si existe un objetivo compartido por la práctica totalidad de la humanidad es el *de crear puestos de trabajo*. Lo quieren los trabajadores, los sindicatos, los banqueros, los empresarios grandes y pequeños. Lo quiere los gobiernos, los ayuntamientos, las comunidades autónomas, y la Comisión Europea. Lo quiere el FMI, la OIT, el BCE y la OCDE. Lo quieren los jóvenes, las amas de casa y los jubilados. Lo quieren los europeos del sur y del norte, los rusos, los chinos y los norteamericanos. Se desea en las favelas de Brasil, en los barrios de El Cairo y en Wall Street..., y no se consigue.

Lo grave, lo que asusta, es que esto supone que un número creciente de habitantes del planeta carecerán de medios estables de subsistencia. Este ha sido el estado normal de las cosas en los países subdesarrollados, pero es una absoluta novedad en el primer mundo. Un primer mundo que todavía aporta más del 60% del PIB mundial, por lo que su colapso o desestabilización supondría una tragedia sin precedentes para todo el planeta, no solo para los ricos y arrogante occidentales.

¿Soluciones? Como hemos señalado, los procesos económicos básicos son relativamente sencillos y no admiten muchas variantes. A pesar de lo proclamado por analistas y propagandistas, no hay mucho espacio para “soluciones imaginativas” o “recetas no convencionales”. La tecnología ha erosionado gravemente uno de los pilares básicos de la economía de mercado: *la práctica totalidad de los bienes y servicios se deben convertir en mercancías. Se produce para vender, por lo que solo se produce aquello que se vende*.

Ahí reside el problema esencial. Se podrán adoptar medidas que corrijan parcialmente o palien los efectos de *esta crisis*. De corte socialdemócrata, con una distribución más justa de la riqueza, de corte neoliberal-financiero, con restructuraciones de deudas, o incluso con la creación de una moneda mundial con su correspondiente organismo regulador. Pero mientras no se toque este principio básico, solo se conseguirá (en el mejor de los casos) una ralentización del proceso de pauperización de la población. A medio y largo plazo no hay otra salida que rediseñar el sistema económico de tal manera que buena parte de los bienes y servicios esenciales no se conviertan en mercancías, y por tanto no adquieran la forma de dinero.

¿Qué significa esto? ¿Qué consecuencias tendría? ¿Cómo se lograría?

En el fondo supondría introducir masiva y palnificadamente el intercambio en especies o trueque. Entiéndase, no se trata cambiar gallinas por coliflores, ni masajes por clases de inglés. Tampoco de una bella y lejana utopía. El trueque a gran escala ya está aquí. Limitado al comercio internacional, y solo en algunos países..., pero avanzando. Irán realiza intercambios de petróleo por trigo. China tierras por inversiones, y Venezuela petróleo por médicos... Pero se trata principalmente de introducirlo en la economía productiva. El asunto es complejo, y requeriría una extensión de la que carecemos, por lo que lo ilustraremos con un caso cercano.

Mencionamos que en Alemania unos 7 millones de puestos de trabajo son *minijobs*. Unas 20 horas semanales por 400 euros al mes. Es evidente que esta cantidad no da para vivir, y menos en Alemania. Luego las calles de Berlín debieran estar llenas de mendigos...., pero junto con el sistema de *minijobs*, el gobierno alemán puso en marcha una serie de programas sociales (Hartz I, II, III y IV) que aseguraban la subsistencia de este tipo de trabajadores. Pago de alquileres, agua, electricidad, calefacción, internet, transporte, servicio de mudanzas, bonificaciones por hijos,..., además de los servicios generales de sanidad y educación. Es decir, que los 7 millones alemanes que pasan su vida laboral entre el paro y el subempleo reciben la mayor parte de su *salario* en especies, y no en forma de dinero.

Esto supone una indudable seguridad mientras el sistema se sostenga. Desde luego se limita el consumo, pero las necesidades básicas están garantizadas. ¿Es esto lo que proponemos? No exactamente, o quizás ni aproximadamente, pero es una forma de visualizar en qué dirección han de ir los cambios. El mérito de los germanos consiste haberlo advertido.

Pero veamos el asunto más de cerca. Los programas Hartzs los financia el estado mediante los impuestos, por lo que no se tratan de mover bienes o servicios fuera del mercado. Los diferentes landers los compran a particulares y empresas para ponerlos a disposición de otros particulares. ¿Sería posible algo similar en España? No. La razón principal es que la economía alemana es netamente exportadora y que alberga el *clúster* tecnológicos más importante del continente. En sitios así todavía **se puede recaudar impuestos suficientes para mantener políticas sociales de este tipo**. Pero el número de *clúster* es limitado. Y a España solo le tocan algunos periféricos. Automóviles, turismo y agricultura de exportación. Y esto no es suficiente. Es la tragedia de las políticas socialdemócratas de corte clásico: solo servirán para gestionar estados ricos o en rápido crecimiento.

¿Entonces? Para España, y la mayoría de los países, la única alternativa es reformar el principio de que *solo se produce lo que se pude vender*. Y esto se consigue si los estados vuelven a producir bienes y servicios. Y no solo porque aumentarían los ingresos (que también), si no porque tendrían la capacidad de establecer sistemas de trueque, tanto con el exterior como con sus ciudadanos. Es decir, podrían suministrar bienes y servicios a la población al estilo de los programas Hartzs utilizando su propia producción. Esto supondría, de una parte el establecimiento de pactos flexibles y variados con multitud de individuos que serían simultáneamente trabajadores públicos y receptores de servicios, y de otra, la capacidad de negociar tratos similares con empresas y cooperativas. Esto evidentemente implica un sector público amplio y con gran capacidad de intervención. Banca, energía, comunicaciones, aguas, construcción... En definitiva, **hay que nacionalizar**. Y hay que hacerlo atendiendo al principio de que *lo esencial u obligatorio para*

los ciudadanos lo administra el estado. Tal y como ocurre hoy con la justicia, la sanidad, la educación o el orden público.

¿Y..., cómo se hace?, ¿al estilo soviético? ¿Autogestión? ¿Empresas mixtas? ¿Cooperativas tuteladas? ¿Una mezcla de fiscalidad progresiva y estímulos? ¿Capitalismo de estado a la China? ¿...o, una amalgama de todo lo anterior? Nadie lo sabe con exactitud, pues no se ha elaborado un plan semejante. Y si tal plan existiese habría que acogerlo con reservas. Conocemos los fracasos de distintas modalidades de socialismo y capitalismo que sobre el papel eran inatacables. Estamos ante algo nuevo, por lo que la experimentación social es imprescindible. Hay que probar, corregir y aplicar aquello que funcione. Hay sobrado número de economistas, sociólogos y trabajadores sociales capaces de idear recetas efectivas, y tecnología suficiente para aplicarlas. Se trata de un proyecto a medio y largo plazo que requiere flexibilidad ideológica, paciencia y una impecable asignación de recursos. El resultado final debe ser un reparto efectivo del trabajo (no más de 15 o 20 horas semanales) en condiciones tales que sean suficientes para vivir y progresar.

Lo necesario u obligatorio en manos del estado, entendido como la suma de todo lo público, lo cual incluye ayuntamientos, comunidades autónomas y gobierno centrales. Pero también empresas, hospitales y colegios. ***El resto de la actividad económica quedará al arbitrio de la libertad individual y el dinero. No se trata de crear sociedades uniformadas y disciplinadas. De eso ya sabemos bastante.***

Un proyecto a medio y largo plazo..., bien..., ¿y entre tanto? Pues el estado español bien podría quedarse definitivamente con la banca que ha nacionalizado o intervenido. No solo es injusto y escandaloso que los ciudadanos paguen las pérdidas de estas entidades para una vez saneadas devolverlas al capital privado. También es ineficiente, pues desvía recursos públicos en unos momentos en que son imprescindibles para otros menesteres. Da igual que de aquí a 10 años el estado recupere lo invertido (habrá que verlo), pues es ahora cuando se necesitan. Se trataría pues de utilizar lo que queda de estas entidades para articular una banca pública de envergadura. Nada del otro mundo, pues una banca así ya ha existido y funcionado

perfectamente hasta hace relativamente poco. Argentaria no era otra cosa antes de ser engullida por el BBV(A) Sería una buena palanca para comenzar a revertir la situación, y un acto de justicia para una ciudadanía deprimida y esquilmando.

No estaría mal, pero no bastaría...., ¿Qué otras cosas se podrían hacer? Hay otra medida de mayor calado, sencilla y “barata”: destinar en los próximos 10 años un billón y medio de euros a pagar salarios sociales a unos 18 millones de europeos de la zona euro. Con este monto se asegurarían 700 euros mensuales durante una década a los 17.857.143 ciudadanos más necesitados. En su mayoría griegos, portugueses, chipriotas, irlandeses, españoles...., ¿Utópico? En absoluto. En lo que llevamos de crisis se ha destinado al rescate de la Banca europea más de dos billones de euros, sin contar los infinitos avales. No estaría de más que alguna vez le tocara a la ciudadanía. ¿Quién lo pagaría? Pues los que han pagado lo de la Banca: el FMI, el Banco Central Europeo, los diferentes fondos de la Unión Europea...., ¿Hay dinero suficiente? Por supuesto, y si no lo hay se inventa, de la misma manera que se inventó un primer fondo de rescate de 250.000 millones, y un segundo de 700.000 millones que nadie ha visto. ¿Demagógico? No, racional, pues las ventajas son evidentes.

Veamos. En Europa se han gastado más de 2 billones en la Banca, en USA una cantidad similar, y ya preparan una nueva inyección de fondos, en principio ilimitada. Luego dinero hay, o al menos aparece cuando se le necesita. Pero detrás del asunto hay un cierto misterio...porque.., ¿cómo es posible que en la Zona Euro, con un PIB algo superior a los 10 billones se inyecten más de 2, y la economía siga en recesión? Con estas magnitudes cabría esperar una aceleración fulgurante de la economía..., sin embargo no ha sucedido... En USA tampoco.

La respuesta es que solo un porcentaje reducido de estas cantidades ha bajado a la economía real. De ahí la constante queja de que *el crédito no fluye*. Recientes estimaciones sugieren que de cada dólar puesto en circulación por la Reserva Federal Norteamericana, 14 centavos acaban en la economía real, mientras que el resto

permanece en la nebulosa financiera, o arriba a destinos tan exóticos como La Bolsa brasileña o las Islas Caimán.

¿Qué ocurría si esas cantidades se pusiesen en los bolsillos de los más necesitados? Pues que hasta el último céntimo iría a al consumo, y al pago de deudas. Y consumo es recaudación y empleo. La economía comenzaría a moverse y los estados contaría con nuevos recursos. Mírense los números con atención, y se comprenderá las ventajas de la receta.

Inyectar dinero a través de la Banca o las empresas es un coladero fiscal infinitamente mayor que hacerlo a través de los ciudadanos de menor renta. Y el detalle es importante. Alguien con unos ingresos de 700 euros los destinará inexcusablemente al consumo de básico. Esencialmente, alimentación y vivienda. Sectores donde con pequeños movimientos fiscales se puede controlar la inflación. El impacto en los precios sería menor que por ejemplo, el provocado por los oligopolios energéticos. Por otra parte, se garantizaría que la totalidad del monto destinado a este plan escaparía del mundo financiero. Nadie con estos ingresos los desviaría al ahorro, la inversión o los plazos fijos. Lo cual no es poca cosa desde el punto de vista de la recaudación. En teoría, cada euro que los estados ponen en circulación vuelve íntegramente a la hacienda pública después de haber cambiado de manos 40 o 50 veces...., siempre y cuando no se aparte del consumo. Y decimos en teoría, porque hay que contar con la parte del dinero negro, que en cualquier caso siempre será menor cuanto menor sea el nivel de renta. Se entiende que en el fondo, ***una operación de este tipo equivaldría a financiar a los estados sin necesidad de recurrir a la deuda.***

Esto en el plano estrictamente económico. Desde el punto de vista de la cohesión social y el apego de las poblaciones a las instituciones europeas los beneficios son evidentes. Medidas de este tipo se interpretaría como un *rescate* en la acepción original de la palabra. Y en última instancia, serían las únicas capaces de conseguir lo que parece imposible: salvar simultáneamente el Euro y el bienestar de los ciudadanos.

Bien, si todo son ventajas..., ¿por qué no se aplica inmediatamente? Pues..., porque supone ni más ni menos que darle dinero a la gente..., sin trabajar. Y eso, es muy difícil de digerir para la dirigencia económica y no solo para ella.

Ganaras el pan con el sudor de tu frente. El trabajo dignifica. Son componentes de la “estructura genética” de buena parte de la población. Principios antiguos y validados por la experiencia. Pero, la experiencia de *otros*. De los que vivieron en un mundo esencialmente agrícola, donde cada brazo era importante pues significaba otro pedazo de tierra en explotación. Artesanal e industrial al estilo de las cadenas de montaje de Henry Ford. Fábricas rebosantes y legiones de contables y tenderos haciendo funcionar a mano empresas y gobiernos. Miles de obreros levantando rascacielos y millones abriendo carreteras. *Ganaras el pan con el sudor de tu frente.*

Bien,...pero..., ¿y si no hay trabajo ni sudor que lo acompañe? Ni hoy, ni mañana. ¿Es posible mantener indefinidamente al margen del trabajo, los servicios y el dinero a un tercio de la población (caso español) y pretender que no pase nada? Algunos piensan que sí. Por nuestra parte, creemos que es preferible acostumbrarse a ideas nuevas.

La política.

Que otra de las consecuencias de *esta crisis* ha sido la concentración del Poder en Europa no lo dudan ni los más renuentes a poner pegas al sistema. En el sur, los parlamentos se han vaciado de contenido a marchas forzadas. Las escandalosas renuncias de Papandreu y Berlusconi, y el ascenso imparable de Mario Draghi han sido los síntomas más vistosos de un proceso fulgurante de secuestro generalizado del poder por parte de la dirigencia del viejo continente. Así, el presidente del Banco Central Europeo se ha convertido en el personaje más poderoso de la zona euro, cuando formalmente es solo un empleado público. La tradicional división de poderes, tan querida de socialista, liberales y conservadores, se esfuma a golpe de cumbres europeas y reuniones en Frankfurt. El Parlamento Europeo ni está ni se le espera.

El asunto no ha pasado desapercibido para la calle. De momento la postura mayoritaria es de resignación expectante. *Bueno, si al final consiguen arreglar las cosas...*, pero ya se detectan serias desafecciones europeístas. Especialmente en Grecia, pero no solo allí. La boutade de que Merkel está consiguiendo mediante la economía lo que no consiguió Hitler con las armas está teniendo más fortuna de la que debiera. Las tensiones crecerán conforme se comprenda que *esta crisis* ha llegado para quedarse, y es solo cuestión de tiempo que cada país cuente con uno o varios partidos relevantes que propugnen el abandono de la zona euro. Entre tanto, la mayoría del arco constitucional español se refugia tras la consigna de *lo que necesitamos es más Europa*. Europa madrastra y talismán. Y esto no ha hecho más que empezar, pues con la acelerada implantación del Regulador Único Bancario el poder económico emigrará definitivamente a *instancias superiores*.

El poder, el de verdad, consiste hoy en controlar las finanzas, la tecnología, la información y los recursos. Y cada vez es más evidente que para esto no se cuenta con los ciudadanos. Sea el resultado de una estrategia deliberada, o de la simple lógica de las cosas, lo cierto es que nos encaminamos en el mejor de los casos hacia un *tecno-despotismo ilustrado* y en el peor, a una *sociedad orwelliana*, en la cual, el papel asignado a la mayoría de la población consistirá en consumir, apretarse el cinturón o emigrar según convenga en cada momento y lugar. Por no pensar en cosas peores. Y se hará sin contemplaciones ni justificaciones. Esta es la idea y el proyecto está muy avanzado.

¿Qué hacer? Al igual que ocurre con la economía, los principios básicos de la democracia son sencillos y no admiten demasiadas variables. Se habla de introducir listas abiertas, mejorar la proporcionalidad del sistema electoral y vigilar más de cerca a los políticos. Bien venidas sean tales medidas. Pero..., por si solas no supondrán un cambio sustancial. El poder político formal seguirá en el mismo lugar y defenderá los mismos intereses. ¿Entonces? Solo hay una posibilidad desde el punto de vista democrático. Una medida sencilla, de fácil aplicación que requeriría mínimos cambios legales: realizar referéndums a todos los niveles.

Si, como en Suiza. En los ayuntamientos, las diputaciones y cabildos, las comunidades autónomas y el estado. Como en Suiza y en algunos estados de USA. Una medida simple, que daría un vuelco al sentido del poder y del estado. Que debiera incorporarse a la legislación europea y consagrar las consultas populares como parte esencial de la democracia. En definitiva, un régimen refrendario que conviviese y controlase el sistema representativo. ¿Por qué no? Después de todo, *la democracia es el gobierno del demos, es decir la mayoría*. ¿O es que ya no es así?

¿Inconvenientes? Según sus detractores, todos.... Veamos.

-*Los referéndums no garantizan que se tomen las mejores decisiones*. Efectivamente, una decisión por el hecho de ser mayoritaria no es necesariamente la mejor. Pero eso ocurre en cualquier proceso de toma de decisiones. Sean dictatoriales, o democrático representativos. No olvidemos que dictaduras y democracias *muy representativas* han iniciado guerras y provocado matanzas. Se suele poner como ejemplo de la inconsistencia del sistema refrendario el caso ocurrido en Suiza a finales de los 50, cuando una mayoría de hombres rechazó el derecho al voto de las mujeres. Pero poco después, otra consulta corrigió el desaguisado. Es lo que ocurre en las democracias, se puede argumentar y rectificar. ¿O es que hay que recordar el viejo aserto de que *la democracia es el peor de los sistemas de gobierno si excluimos a todos los demás*? En cualquier caso, una equivocación colectiva implica responsabilidad colectiva, lo cual facilita la resolución de conflictos y la cohesión social. Duele perder un referéndum, pero es indudable que se trata de una decisión democrática, y siempre habrá otra oportunidad.

-- *No se puede someter a la ciudadanía a una permanente campaña de votaciones*. Suiza llevan haciéndolo durante décadas, y no hay síntomas de que el sistema esté en declive. La ciudadanía vota solamente en consultas sobre temas que conoce y le interesan, absteniéndose en el resto. Lo cual no es solo razonable, sino que supone un síntoma de madurez democrática. Los ciudadanos no tienen la obligación de conocer y formarse opinión de todos y cada uno de los asuntos de la vida pública.

-- *Se tomarían decisiones egoístas o pasionales. Así, los ciudadanos jamás votarían una subida de impuestos, por muy necesaria que fuese, o podrían conseguirse mayorías para restaurar la pena de muerte bajo el impacto de crímenes particularmente execrables. Por otra parte, minorías como los inmigrantes podrían perder sus derechos.* Hace poco se votó en Suiza la subida del IVA, y se rechazó el aumento del número de días de vacaciones. Luego, no todo es egoísmo populista. El ejercicio permanente de la democracia interioriza en los ciudadanos la certeza de que sus decisiones tienen consecuencias, lo cual fomenta una racionalidad muy diferente de las fobias o filias a tal o cual dirigente político, y del patriotismo de partido. En cuanto a las reacciones viscerales y derechos de las minorías, hay multitud de mecanismos para prevenirlas, como dejar fuera de las consultas los derechos humanos (en Suiza se lo están planteando) o exigir mayorías muy cualificadas para la modificación de los mismos.

-Con un régimen refrendario, los gobiernos carecerían de programa y no podrían gobernar. No, solo que tendrían que hacerlo de otra manera. De eso los helvéticos saben bastante. La simple posibilidad de un referéndum propicia una dinámica política de acuerdos y mayorías diferente a la que se da en los regímenes de democracia representativa. Esta dinámica es posible y deseable.

-Un estado que funcionase a golpe de referéndums no podría firmar acuerdos internacionales, pues no podría garantizar su cumplimiento. Quizá sea la objeción más seria, pero hay formulas para soslayarla. Desde votar los acuerdos antes de ser firmados, hasta establecer plazos que espacien determinados tipos de referéndums. Se ha hecho Quebec y en otros lugares. Lo esencial es entender que el régimen refrendario no tiene porque ser monolítico y cerrado. En los parlamentos se cambian leyes todos los días, nada impide hacerlo en relación a las consultas.

Bien..., ¿si todo son ventajas, porqué no se aplica inmediatamente? En este caso la respuesta es sí cabe más obvia: porque supondría un importante desplazamiento del centro de gravedad del poder. Y a los hechos nos remitimos. A lo largo del periodo democrático solo se han celebrado dos referéndums en España. El de la Constitución,

obligado y seguro, y el del ingreso en la OTAN, fruto de una promesa y un cambio brusco de posición del entonces presidente González. El resultado de este último fue muy ajustado, y visualizó las limitaciones de la democracia representativa: mientras más del 90% de los miembros de las dos cámaras abogaban por el SI, casi la mitad de españoles votaron por el NO. El divorcio fue palpable, tanto que la experiencia no se ha repetido. Entramos en la Comunidad Europea, se firmaron los acuerdos de Maastricht y siguientes, cambiamos la peseta por el Euro, y nadie nos preguntó. Se argumentó que las mayorías parlamentarias eran tan holgadas que no era necesario. Tan holgadas como en el caso de la OTAN.

Sean cuales fueren los hipotéticos resultados, lo cierto es que se hurtaron debates esenciales. La cultura democrática se resintió y no se ha recuperado. Esta ha sido la tónica y el camino. En 2003 se elaboró un proyecto de constitución europea que fue apoyada por la mayoría de parlamentos. Cosas de la responsabilidad. Pero ocurrió que en 2004 Francia y Holanda optaron por realizar sendos referéndums. Y en ambos salió que NO. El proyecto hubo de retirarse, pero..., algo después (2007) se firmó el Tratado de Lisboa. Tan parecido a la constitución rechazada que se tardó muy poco en aprobarlo. Esta vez solo votaron los parlamentos y no hubo problemas.

En el fondo, lo que estos casos ponen en evidencia es la desproporcionalidad entre los derechos y obligaciones de electores y elegidos. El acto de depositar el voto en la urna otorga al segundo un poder muy real. El candidato, ya convertido en señoría, promulgará leyes que afectarán a la vida de todos por ser de obligado cumplimiento. En contraprestación, el elector recibe...., un folleto donde se exponen algunas de las intenciones del elegido, sin obligatoriedad de cumplimiento, o en su defecto, compromiso de dimisión. Y la tentación es muy grande. Si para mantenerse en el poder hay que cambiar las intenciones, normalmente se cambian. Y no es necesario dar demasiadas explicaciones.

Si para un *demócrata posibilista moderno* esto es suficiente, habrá que concluir que la democracia ya no es lo que era. El poder político y económico se nos escapa de las manos a marchas forzadas, con

excusas, maniobras marrulleras, e invocaciones a la globalización y la inevitable cesión de soberanía. Todavía vivimos formalmente en un régimen de libertades, lo cual no está garantizado para siempre. Es curioso y reconfortante que los sindicatos hayan descubierto recientemente las virtudes de los referéndums. Esperemos que no abandonen. Aprovechen la oportunidad: señoras y señores demócratas, apúntense a la democracia.

Los cambios.

Hemos presentado una descripción o diagnóstico, un proyecto a medio y largo plazo, y una tabla reivindicativa o de soluciones urgentes. Deliberadamente exigua, pues consta solo de tres medidas:

- Aprovechar la Banca nacionalizada o intervenida como embrión de una red pública de crédito.
- Gastar en los próximos 10 años una cantidad considerable (un billón y medio de euros) en subvencionar la existencia de los más desfavorecidos.
- Trasformar España y Europa en una democracia refrendaria.

Como se ve, se trata únicamente de una propuesta económico-política, con todas las limitaciones que ello conlleva. Se han dejado fuera asuntos esenciales como la energía, el agua, el medio ambiente o los alimentos. No es por tanto un autentico programa de cambio. Tampoco se pretendía. O quizá si lo sea, porque todo lo que tiene que ver con el Poder es imprevisible. Un modesto comerciante tunecino tuvo el arrojo de protestar contra una fragante injusticia inmolándose en público. Y el norte de África se incendió. Sabemos que en realidad fue porque las condiciones político-sociales-ideológicas estaban maduras para el cambio. Pero eso lo supimos después. Los lunes por la noche todos acertamos las quinielas. Y la política, a diferencia de las apuestas, es capaz de obtener beneficios incluso cuando todo el mundo conoce el resultado. Así, un referéndum puede cambiar un sistema político (caso Pinochet) o

pasar completamente desapercibido. Por lo que el activismo, y la buena voluntad son importantes, seguramente imprescindibles, pero deben ir acompañados de una buena dosis de lucidez. Lo único seguro es que los cambios no se detienen, y el intento consiste en empujarlos en la dirección de la mayoría.

Las medidas presentadas son posibles, en el sentido de que su aplicación depende de la voluntad política de ponerlas en marcha, y no de largos procesos o esperas a que concurran determinadas condiciones. Uno puede presentarse en cualquier lado y decir **quiero esto**. Lo cual no significa que sean *fáciles*, pues encontraran grandes resistencias. También creemos son justas y eficaces, capaces de comenzar a revertir un estado de cosas que se degrada a ojos vista. Por último, opinamos que son razonables, y si se les otorga la posibilidad de ser explicadas pueden ser compartidas por millones de ciudadanos. Una aportación al debate sobre el cambio, y un punto de encuentro para las animosas y desconcertadas gentes de izquierda.

Lo único seguro es que los cambios no se detienen. Deseamos que se encaucen en la dirección expuesta, pues de lo contrario tomaran derroteros más sombríos. Y hay síntomas. Recientemente el gobierno de El Reino adoptó una medida que ha pasado prácticamente desapercibida: reformar el código penal para endurecer las penas para los delitos de hurto. Hemos oído hablar de los robos de cobre, pero es solo la punta del iceberg. El proceso de *mexicanización* ya está en marcha. Cáritas cifra en 10 millones los españoles que viven bajo el umbral de la pobreza. De no producirse un rápido giro social, pronto viviremos en una sociedad que nos resultará irreconocible. La fractura social traerá barrios y pueblos depauperados, con servicios degradados en los cuales florecerán organizaciones de corte mafioso, junto a enclaves de las clases media y alta aislados del entorno, protegidos por alarmas y guardias de seguridad. Quien conozca Latinoamérica sabe a que nos referimos. Inseguridad, sobornos, dinero negro..., unas fuerzas del orden desmotivadas y mal pagadas... Se arguye que en El Reino nunca han florecido organizaciones criminales importantes. El español es creativo, y encontrará el medio de adaptarlas a nuestra idiosincrasia.

Al tiempo. La historia no se detiene, ni aguarda a que las cuentas financieras cuadren.

Habrá cambios, no lo duden. Esperemos que la humanidad alcance la cordura necesaria para afrontarlos.

Fernando Herráiz Sánchez. Septiembre 2012.